

sarrollo alcanzó en el Perú prehispánico, volvía a ser cuestionada a partir de este descubrimiento; del espléndido enterramiento expuesto a la luz por las manos de los arqueólogos en Huaca Rajada, en la zona de Sipán cercana a Chiclayo (aproximadamente a 35 Km. al este de esta ciudad, capital de Lambayeque), no sólo surgieron valiosísimos objetos y evidencias de que el personaje central había sido alguien muy importante, sino interrogantes sin fin acerca del ordenamiento social y religioso de los mochicas y muchas otras cuestiones que hoy son todavía materia de investigación. Se suponía que Huaca Rajada (huaca: lugar sagrado; ancestros allí enterrados) debía guardar tesoros invaluables, pero la voz de alerta la dio un lamentable hecho policial, la captura de «huaqueros» que venían depredando este lugar para luego vender los objetos que encontraban. Fue a raíz de este hecho que el doctor Walter Alva, director del Museo Brüning de Chiclayo, solicitó ayuda para la mejor protección de este monumento arqueológico y para la realización de los trabajos a cargo de especialistas; desde entonces, Alva es a la vez jefe del Proyecto Huaca Rajada que cuenta también con el apoyo de instituciones internacionales y el cual reúne a un grupo de técnicos que han trabajado tres tumbas hasta la actualidad y cuya hipótesis de que Huaca Rajada sería un centro funerario destinado a la alta jerarquía mochica parece confirmarse con el andar de las cuidadosas excavaciones.

La huaca, una pirámide construida en adobe, es una de las tantas que existen hoy, con sus perfiles erosionados por el tiempo y semejando cerros, dispersas en el territorio que ocupó esta cultura en la costa norte del Perú (desde Piura hasta el valle de Casma, según algunos investigadores) entre los años 200 a 700 de nuestra era, aproximadamente (Intermedio Temprano); ellas son mudos testimonios de una singular concepción religiosa que aún esperan ser investigados. La primera tumba abierta en Huaca Rajada, cuya antigüedad ha sido calculada en 1.500 años, fue en realidad una lujosa cámara funeraria en la que el personaje central —bautizado como el *Señor de Sipán* por los arqueólogos— fue indudablemente un individuo de muy alto rango en la zona, a juzgar por la rica cantidad de los objetos con él enterrados y por las demás personas que lo acompañaron en la muerte, que fueron al parecer sacrificados a su señor. La disposición de los cuerpos enterrados en esta cámara funeraria de varios niveles (incluso un perro), así como de los objetos ornamentales y de ofrenda (de oro, plata, piedras semipreciosas y cerámica), da nuevas pistas de lo que debieron ser las costumbres fune-

rarias y el rígido sistema jerárquico de los mochicas, reproducido aquí en la muerte. Según parece, este jefe mochica reunía en sí las dignidades política, militar y religiosa.

El esquema vertical que rigió la vida de los hombres de esta cultura, perfectamente ensamblado y sin posibilidades de ser removido, había sido ya establecido por los investigadores a partir de otras evidencias. Se conoce la existencia de un gobierno autocrático, sumamente fuerte, y la asociación que se creaba entre la autoridad política y la autoridad religiosa; la marcada diferencia en la estratificación social es visible, por ejemplo, en la extraordinaria cerámica que fabricaron sus artesanos, en la cual se representan personajes ataviados de manera muy diversa: desde los muy ornamentados (seres míticos y señores) hasta los sencillamente vestidos con una túnica (hombres del pueblo) o desnudos (prisioneros), pasando por las también importantes vestimentas de guerreros y sacerdotes. Hay que recordar que entre los mochicas (al igual que en otras culturas prehispánicas peruanas) los adornos los llevaban los hombres como una señal de su rango; las relativamente pocas mujeres que han sido representadas visten con sencillez, ellas aparecen sobre todo como parturientas o en las escenas eróticas. El «Señor de Sipán», probablemente gobernante y guerrero, portaba ricos cetros, tocados, pectorales, narigueras, orejeras, collares y brazaletes, además de armas, todos inmejorables exponentes de la calidad alcanzada por los mochicas en orfebrería y, en general, en el trabajo de los metales; los numerosos utensilios de uso cotidiano que debían servirle en la muerte son, también, nuevos ejemplos de la perfección que lograron en el manejo de la cerámica con fines utilitarios y ceremoniales. Uno de los objetivos de los estudiosos es seguir desentrañando la conformación de los complejos rituales religiosos y funerarios con la ayuda de los materiales arqueológicos y de la iconografía registrada en cerámica y ornamentos.

Cuando se hizo la difusión internacional del hallazgo de la cámara mortuoria del «Señor de Sipán», se la llegó a comparar con la tumba de Tutankamon estableciéndose que su riqueza e importancia serían mucho mayores y opacando de ese modo, anticipadamente, cualquier otro descubrimiento en la zona. Sin embargo, éste fue sólo el primer paso de los trabajos en Huaca Rajada y los técnicos del proyecto siguieron investigando. En 1988 se terminó de limpiar otra tumba cuyo personaje fue denominado *El Sacerdote*, pues los implementos encontrados remitían precisamente a su función de oficiante de los ritos mochicas;

el cuerpo fue hallado con una copa en la mano, la misma que puede verse en gran cantidad de pictografías que representan alguna ceremonia religiosa. Los sacerdotes, como los guerreros, eran figuras importantes en la sociedad de los moches, ostentaban una forma de poder que derivaba de su vinculación con las divinidades y eran, por tanto, profundamente respetados, tanto como se respetaba y veneraba a los ancestros. La tumba del sacerdote presentaba también ornamentos de oro y plata, pero su riqueza es menor a la del «Señor de Sipán» debido a su status inferior al de éste; no obstante, el valor contextual e informativo de esta tumba es, para el caso de la investigación, tan importante como el de la anterior.

Los integrantes del Proyecto Huaca Rajada avanzan sus excavaciones dividiendo unidades de investigación de 10 por 10 metros, las cuales limpian por capas de un espesor máximo de 10 cms.; cuando se hallan indicios de una tumba el espesor se reduce considerablemente hasta menos de un centímetro y de cada capa descubierta se elabora un plano. La unidad que se empezó a trabajar en 1989, en el sector sur de la huaca, abrió la ruta del hallazgo de una nueva tumba; primero asomaron las ofrendas de cerámica y en capas inferiores empezaron a aparecer las piezas de orfebrería que adornaban el cuerpo del enterrado. Este resultó ser también un rico e importante personaje de la alta jerarquía mochica, como el «Señor de Sipán», sólo que la antigüedad de sus restos ha sido establecida en algo más de 200 años mayor que éste, razón por la cual se le ha llamado el *Viejo Señor de Sipán*. La diferencia temporal entre ambos se manifiesta, por ejemplo, en el depósito fabricado para contener el cuerpo: el «Señor de Sipán» había sido colocado en un sarcófago de madera, mientras que el «Viejo Señor de Sipán» ha sido encontrado en un envoltorio de fibra vegetal. Su tumba, por otro lado, no tiene las características de una cámara funeraria, sino que consiste en un fosa individual; en los primeros momentos de la remoción se pensó que esta figura mochica había sido enterrada sola, pero recientemente se ha descubierto una nueva fosa, ubicada a poco más de treinta centímetros al norte de la anterior, que pertenece al mismo conjunto funerario y donde se halla el cuerpo de una mujer joven que fue sacrificada (datos obtenidos a partir de las características óseas) y cuya cara está volteada. Cerca de los restos de la mujer se encuentran los de una llama, un animal que frecuentemente se destinaba al sacrificio como ofrenda a los dioses y a las huacas. La riqueza de la tumba de este antiguo Señor, en lo que respecta a ornamentos de oro,

plata y cobre, es también impresionante, y el caudal iconográfico que aporta no es menos importante para la investigación de la evolución en los aspectos religioso, funerario y social.

El inventario de objetos hallados con el «Viejo Señor de Sipán» comprende, hasta ahora, dos cetros (uno de oro y otro de plata) que son signos de su condición real, tocados, orejeras, pectorales y una inusual cantidad de sonajeras de oro en cuyo interior hay tres cascabeles, las mismas que según la descripción dada a conocer representan una fina tela de araña con un ejemplar de esta especie labrado en su parte superior. El arácnido lleva en el vientre el rostro de un personaje y en la parte posterior de la sonajeras hay tres serpientes y una cabeza de ave. Por otro lado, la lista de armas y de otros implementos para el combate es también bastante abultada: lanzas de madera revestidas de cobre dorado, estólicas, puntas o cabezas de porras, estandartes y emblemas, todos de excelente acabado. Las sonajeras, en particular, han sido asociadas anteriormente, en los estudios iconográficos de la cerámica mochica, a ritos dedicados a los muertos o, más concretamente, a los llamados «bailes de muertos», siguiendo la denominación empleada por Anne Marie Hocquenghem en su libro *Iconografía mochica* y podrían estar relacionadas con ceremonias del regreso de las almas que los hombres de esta cultura habrían celebrado. Otra apreciación de Hocquenghem se refiere al significado simbólico de la serpiente, muy frecuente en las representaciones mochicas y presente en las sonajeras mencionadas, que las asociaría a la idea de inmortalidad. Sin embargo, cualquier afirmación o establecimiento de relaciones entre lo ya expresado por otros estudiosos y lo hallado en estas tumbas no puede sino tener el carácter de hipotético. Tal vez, la mayoría de las afirmaciones hasta ahora hechas acerca de los mochicas permanezcan por el momento suspendidas a la espera de que se precisen el análisis y las interpretaciones de los nuevos hallazgos.

En una breve conversación con el director de Museo Brüning de Chiclayo y del Proyecto Huaca Rajada, Dr. Walter Alva, ha quedado establecido que una de las variantes más importantes que estos descubrimientos ofrecen se refiere a la significación del sitio geográfico en relación con los estudios de esta cultura; es decir, todo lo que hasta hoy se ha difundido sobre los mochicas se ha centrado en lo encontrado en el área de Moche y lugares cercanos (departamento de La Libertad, más al sur) y no ha tenido muy en cuenta el material arqueológico del departamento de Lam-

bayeque. Según Alva, las consideraciones estilísticas respecto al arte mochica no parecen contar con el aporte de Lambayeque y, en este contexto, la iconografía moche de Sipán presenta ligeras diferencias que corresponden al desarrollo particular de la zona. Otro asunto que está siendo reconsiderado es el de la cronología de esta cultura, cuya datación inicial aproximada debe ser adelantada al año cien de nuestra era, gracias a este último descubrimiento y a la presunción de nuevos hallazgos.

La pirámide de Huaca Rajada fue construida íntegramente durante el período mochica, pero los estudios que vienen realizándose acerca de sus fases arquitectónicas, a cargo de la investigadora especialista en arquitectura Susana Meneses, y que complementan los que se encaminan a la constitución de las tumbas mismas y a los objetos en ellas encontrados, han llegado a determinar que el edificio atravesó siete etapas de remodelación en las cuales se buscó adecuar su estructura a las leves modificaciones rituales a través del tiempo. Es por eso que el establecimiento de diferencias entre las tres tumbas abiertas hasta el momento debe considerar su asociación contextual con la arquitectura del conjunto en sus diversas fases para po-

der indicar a partir de allí las razones de los emplazamientos y sus características funcionales. Por otro lado, la comparación entre los objetos hallados en cada una de las tumbas ha proporcionado datos acerca de ligeros cambios estilísticos que todavía deben ser estudiados.

Entre las divinidades o seres míticos más a menudo representados en los objetos de las tumbas se aprecia uno que ha sido llamado «El Degollador», pues lleva en sus manos cuchillos y cabezas, y que debió intervenir en los sacrificios efectuados a los dioses en las grandes ceremonias que practicaban los mochicas. La investigación que se está llevando a cabo deberá ampliar la información que se tiene sobre la vida religiosa de este pueblo y debe contribuir a fijar con mayor precisión el rol que estas divinidades cumplían. Estas enigmáticas figuras desafían ahora la agudeza de percepción, los conocimientos y la sensibilidad del hombre contemporáneo.

Ana María Gazzolo

